
Republicanism, Antigua Constitución o *gobernanza doméstica*. El gobierno paternal durante la Santa Confederación Argentina (1830-1852)

Republicanism, ancient constitution or householder governance. The paternal government during the Argentinean Holy Confederation (1830-1852)

Alejandro Agüero



Edición electrónica

URL: <http://journals.openedition.org/nuevomundo/72795>

ISSN: 1626-0252

Editor

Mondes Américains

Este documento es traído a usted por École des hautes études en sciences sociales (EHESS)



Referencia electrónica

Alejandro Agüero, « Republicanismo, Antigua Constitución o *gobernanza doméstica*. El gobierno paternal durante la Santa Confederación Argentina (1830-1852) », *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [En línea], Debates, Puesto en línea el 05 octubre 2018, consultado el 19 octubre 2018. URL : <http://journals.openedition.org/nuevomundo/72795>

Este documento fue generado automáticamente el 19 octubre 2018.



Nuevo mundo mundos nuevos est mis à disposition selon les termes de la licence Creative Commons Attribution - Pas d'Utilisation Commerciale - Pas de Modification 4.0 International.

Republicanism, Antigua Constitución o *gobernanza doméstica*. El gobierno paternal durante la Santa Confederación Argentina (1830-1852)

Republicanism, ancient constitution or householder governance. The paternal government during the Argentinean Holy Confederation (1830-1852)

Alejandro Agüero

NOTA DEL AUTOR

Este trabajo, cuya primera versión integrará un volumen en homenaje a Bartolomé Clavero, es parte del Proyecto PICT 2014/3408 (ANPCYT-Argentina).

Agradezco a Romina Zamora por su lectura y comentarios.

Introducción

- 1 A propósito de un reciente libro que estudia la profunda dimensión doméstica del orden social en la periferia colonial hispana, Bartolomé Clavero ha vuelto a interpelar a la historiografía por descuidar, sistemáticamente, aquello que bien se sabe: “que durante los tiempos que solemos decir modernos, entre el XVI y el XVIII, la república o el sistema político se fundamenta y construye, por Europa y en sus colonias, sobre la base de la familia, esto es, del gobierno patriarcal de entidades domésticas o corporativas latamente constituidas por relaciones no solo de parentesco, sino también de servidumbre”¹. Resulta muy difícil reseñar en este acotado espacio todas las ocasiones en la que Clavero insistió

en esta cuestión. Podemos, sí, resumir su crítica, tomando el interrogante que nos presenta ahora en el mismo lugar citado: “¿cuánta historia de la política y de lo político, de sus instituciones y de sus prácticas, no sigue planteándose y desenvolviéndose como si tales cimientos no existieran o como si fueran indiferentes a la organización y a la evolución del espacio social que entonces se llamaba República y al que hoy se le dice Estado?”².

- 2 Asumiendo esta pregunta como disparador, en este ensayo procuramos rastrear las huellas de aquellos cimientos domésticos del poder en el lenguaje republicano de la primera mitad del siglo XIX, en el contexto de la llamada Confederación Argentina. Nuestro planteamiento nos lleva a cuestionar, como se viene haciendo últimamente, los consensos que vinculaban las revoluciones de independencia latinoamericanas con proyectos de modernidad. Sin pretender polemizar sobre la modernidad, para los fines de este ensayo podemos pensarla como un proceso de cambio que, tomando las palabras de un conspicuo representante de la ilustración, consistía en dejar atrás las injusticias derivadas de considerar a la sociedad como una “unión de familias” y no de “hombres”. Aun con los sesgos implícitos en este sustantivo masculino, para un decidido reformista como Beccaria, la ecuación parecía clara: “Supongamos cien mil hombres o veinte mil familias, que cada una se componga de cinco personas... Si la sociedad está constituida por familias habrá veinte mil hombres y ochenta mil esclavos”³.
- 3 En estas páginas procuramos mostrar cómo el orden sociopolítico consolidado a partir de la década de 1830 en el Río de la Plata no sólo mantuvo aquellos cimientos domésticos, sino que, además, evidenció un proceso en el que el modelo de gestión del padre de familia informó el lenguaje político y buena parte de las prácticas institucionales. El recorte que aquí hacemos, poniendo foco sobre el período de la Confederación, responde a la inquietud de dialogar con posiciones historiográficas que han encontrado en el modelo del “republicanismo clásico” un marco de análisis para el discurso político de esta específica experiencia histórica. De allí que nuestro interés se haya centrado sobre las interpretaciones del llamado período rosista, así como sobre las explicaciones ofrecidas acerca del “caudillismo”⁴. Sin embargo, es necesario aclarar que nuestra propuesta analítica bien podría aplicarse a otros momentos u escenarios e incluso a otros actores del mismo contexto estudiado.

La Santa Confederación y la cultura jurídica

- 4 Después del proceso revolucionario iniciado en Buenos Aires, en 1810, algunas jurisdicciones que formaban parte del Virreinato del Río de la Plata procuraron establecer un gobierno general, con intentos constituyentes de diversa profundidad (1813, 1819, 1826) que terminaron todos en fracaso. Si en 1816 lograron declarar la independencia en nombre de unas inciertas “Provincias Unidas en Sud América”, desde 1820, agudizando un proceso iniciado ya en 1815, cada uno de los antiguos municipios se declaró territorio independiente y soberano. Bajo esa condición, muchos de ellos adoptaron constituciones locales, con rasgos propios del “constitucionalismo hispano”⁵. Dotadas de sus propias instituciones, las ahora provincias soberanas se relacionaron entre sí a través de pactos y alianzas. Bajo la influencia de Rosas y otros líderes federales, una de esas alianzas (el Pacto Federal de 1831) se generalizó, dando lugar a un sistema confederal en el que, sin más instituciones comunes que una Comisión Representativa de muy corta trayectoria, el gobernador de Buenos Aires asumía el encargo de las relaciones exteriores.

- 5 Juan Manuel de Rosas, gobernador de Buenos Aires desde 1829 hasta 1832 y desde 1835 hasta 1852 fue, en rigor, mucho más que un delegado para las relaciones exteriores de la Confederación Argentina. A partir de su influencia política y militar logró, en los hechos, imponer una hegemonía sobre los gobernadores provinciales dando un tinte de uniformidad al orden de la Confederación. Rosas ha encarnado, para la historiografía tradicional, la figura paradigmática del caudillo, incluso del déspota absoluto. Estudios más recientes han mostrado, sin embargo, que los gobernadores provinciales tuvieron su propia capacidad de agencia dentro de aquel esquema, ejerciendo ellos también, cada uno a su manera, el papel de caudillos locales. Antes de analizar los diversos enfoques sobre este régimen, resulta oportuno exponer, brevemente, algunos rasgos que consideramos relevantes para comprender la cultura jurídica del período⁶. Entre ellos, nos parece importante destacar que:
 - a. A una década de la revolución de 1810, las provincias se habían erigido en territorios soberanos, la mayoría con su propia constitución escrita. Bajo un horizonte de unión futura siempre latente, las provincias se vincularon por medio de pactos bajo el derecho de gentes.
 - b. La religión católica fue declarada, por casi todas las constituciones provinciales, como “ley fundamental del país”, con prohibición de ejercer otros cultos.
 - c. El orden jurídico tradicional fue revalidado por los nuevos reglamentos y constituciones, declarándose en vigor la legislación de la época colonial que no estuviera en contradicción con la independencia de las provincias o con las leyes sancionadas después de mayo de 1810.
 - d. Consolidado como gobernador de Buenos Aires, después de 1835, Rosas desplegó políticas tendientes a disciplinar las provincias. Todas adhirieron al pacto federal y a la “santa causa de la federación”, al tiempo que los adversarios políticos fueron perseguidos y forzados a exiliarse.
 - e. Aunque las leyes fundamentales y las constituciones provinciales establecían un régimen de separación de poderes, con derechos y garantías, la mayoría de los gobernadores ejercieron “facultades extraordinarias” que ampliaban notablemente su margen de poder. Al igual que Rosas, fueron incluso investidos con la “suma del poder público”. Si al comienzo estas concesiones fueron limitadas, con el tiempo se hicieron más frecuentes e indefinidas.
- 6 Despejados estos elementos, podemos ahora analizar las caracterizaciones historiográficas del caudillismo y ver en qué medida un enfoque basado en la antigua “económica” puede aportar alguna nueva luz.

El caudillismo: enfoques historiográficos, perspectiva jurídica

- 7 El caudillismo ha sido uno de los aspectos que más atención ha merecido en la historia política de Latinoamérica⁷. En el contexto rioplatense, el término caudillo fue variando de sentido con el tiempo. Si al comienzo conservaba su significado tradicional, que remitía a un jefe militar o de la tierra (como aparecía todavía en el Estatuto provisorio de la provincia de Santa Fe, 1819), terminó por adquirir una carga semántica negativa en el lenguaje de la generación que sancionó la constitución de 1853 y en la primera historiografía nacional⁸. De la amplia gama de enfoques que han abordado el estudio del caudillismo, nos interesan aquellos que, más allá del fenómeno económico social, han mirado el régimen institucional. Desde esta perspectiva, aun a riesgo de generalizar demasiado, podemos decir que el caudillismo ha sido leído en dos claves bien diferentes.

- 8 Para la primera historiografía, el régimen de los caudillos representaba la barbarie rural de raigambre criolla y mestiza frente a la civilización urbana de inspiración europea. La caricaturización que ofreciera Sarmiento, en su *Facundo* (1845)⁹, marcó buena parte de las interpretaciones de la nascente historiografía nacional argentina, así como la lectura dominante en la academia extranjera. Para este punto de vista, la época de los caudillos fue una suerte de era sin ley (“lawless era”), producto del vacío dejado por las guerras de independencia. John Lynch sostuvo que el colapso del orden colonial acabó con todas las instituciones, dejando un vacío que sólo pudo ser llenado por grupos que compartían un estilo de vida rural y el culto al liderazgo personal de los caudillos¹⁰.
- 9 Desde la historia jurídica, si bien las instituciones de la época fueron objeto de estudio, los rasgos característicos del régimen de los caudillos (como las “facultades extraordinarias” o la “suma del poder público”) fueron señalados por su inconsistencia con el lenguaje liberal de las constituciones y leyes del período. La imagen de la dictadura romana servía para interpretar el amplio poder que los gobernadores recibían por la primera de esas fórmulas, mientras la suma del poder público se presentaba como una suerte de “poder absoluto”, como una abolición transitoria o permanente de la división de poderes. Aunque los objetivos y el método fueran diferentes, esta visión compartía algunos presupuestos etiológicos con el enfoque clásico sobre los caudillos. Las guerras permanentes, el estado embrionario de las instituciones, la inmadurez del pueblo y un incuestionable predominio del personalismo encarnado en la figura “mítica del caudillo”, aparecían entre las causas de este peculiar régimen¹¹.
- 10 Desde la década de 1930 se desarrolló una lectura revisionista que enfatizaba, en tono apologético, los valores del régimen de Rosas y de los caudillos provinciales¹². Sin embargo, desde finales del siglo pasado se produjeron nuevas interpretaciones en las que los aspectos institucionales cobraron una particular relevancia.¹³ Sin negar los modos autoritarios y personalistas, estas perspectivas se enfocaron en el discurso republicano desplegado por el rosismo para legitimarse frente a los diversos sectores sociales. Con independencia de los métodos de coerción empleados, los motivos republicanos usados para legitimar el régimen darían cuenta de una complejidad, de una densidad cultural e institucional, que excedían por completo a la noción clásica de caudillismo¹⁴. Desmontando la pintura del vacío institucional, estos enfoques remarcaron algo que hoy – y ya entonces quizás – parecería obvio: “pese al derrumbe del viejo orden colonial, lo que quedó en todo el ámbito rioplatense no fue una tierra de nadie sin orden social sino un mundo de relaciones sometidas a cierta legalidad tradicional que persistió adaptada a la emergencia del nuevo contexto post independentista”¹⁵.
- 11 El discurso republicano no sólo fue visto como un dispositivo retórico en el plano propagandístico, sino que adquirió, para algunos autores, una importancia central como discurso constitutivo¹⁶. Usando el enfoque de los estudios subalternos, Ricardo Salvatore destacó cómo las prácticas republicanas favorecían un genuino apoyo popular a la figura de Rosas. Mirando la administración de justicia rosista, sostuvo que la era de Rosas fue todo “menos un vacío de legalidad”¹⁷. Para este autor, el rosismo fue exitoso en la tarea de restaurar el orden y la estabilidad después de décadas de guerras, reforzando un sistema de administración de justicia que distribuía, sistemáticamente, penas rápidas y severas, pero preservando ciertas reglas procesales. Aunque los adversarios políticos hubieran sido el objetivo principal de las campañas de persecución, de ley y orden, las instituciones represivas alcanzaban también a los delincuentes comunes. Esto habría representado una

notable mejora en términos de “igualdad ante la ley”, dotando al régimen de un cierto grado de credibilidad¹⁸.

- 12 Tomar en serio el orden institucional implicó no sólo derribar el mito de un régimen basado en la fuerza y los instintos, sino advertir la distorsión resultante de querer describir ese orden con el lenguaje y los valores del liberalismo. José C. Chiaramonte sostuvo que la mentada incompatibilidad entre el liberalismo y las prácticas de los caudillos – en especial el uso de facultades extraordinarias – era un sesgo metodológico que convertía en “anomalía constitucional” aquello que debía ser examinado en base a su congruencia con la “antigua constitución”. De alguna forma, este concepto venía a dar cuenta de aquella persistente “legalidad tradicional”, permitiendo sostener que el uso de facultades extraordinarias, en lugar de ser una prueba de despotismo, no era más que “una natural expresión de las pautas sociales, jurídicas y políticas predominantes”¹⁹. Al mismo tiempo, desde el marco analítico del republicanismo, se ha señalado que la justificación del uso de facultades extraordinarias se apoyaba en los motivos clásicos de la virtud, la *salus populi* y el concepto romano de dictadura, evocados con recurrencia por el discurso rosista²⁰.
- 13 Todas estas lecturas comparten algunos elementos comunes: no niegan el autoritarismo ni el personalismo, ni tienen una vocación apologética. Por otra parte, destacan la presencia de un orden social complejo, gestionado por instituciones y normas que trascienden a la persona del caudillo. Sin embargo, a nuestro juicio, no resultan del todo satisfactorias para expresar los rasgos definitorios de este momento político. Si no se puede negar que el discurso oficial rosista estaba cargado de motivos republicanos – algo que compartía con muchas otras experiencias de la época –, nos parece que la justificación de los poderes extraordinarios encontraba en la cultura hispana tradicional unos anclajes de mayor arraigo que las retóricas apelaciones neoclásicas a la dictadura romana. La idea de “antigua constitución”, por su parte, también presenta algunas dificultades; la primera de ellas deriva de su total indefinición en el caso hispano, incluso de su “inexistencia” como sostuvieron algunos actores calificados durante la crisis de la Monarquía²¹. Por otra parte, tomar la “antigua constitución” como sinónimo de “constitución material” no ayuda a resolver esta cuestión²².
- 14 Más allá de esas objeciones, tanto la noción histórico-historiográfica de antigua constitución – revitalizada en las luchas del parlamento inglés en contra de la prerrogativa regia – como la categoría analítica del republicanismo, con su desliz desde la historia hacia la teoría política, parecen orientadas a cumplir una función pragmática inherente a la idea de límite a los poderes públicos (ya fuera en virtud del carácter inmemorial atribuido a las instituciones, de privilegios corporativos, o individuales, o en función de una noción de gobierno de las leyes por sobre el gobierno de los hombres, etc.)²³. Resulta entonces paradójico, a nuestro juicio, acudir a esos significantes para describir un momento político caracterizado por poderes conscientemente liberados de limitaciones. Se corre, a nuestro juicio, el riesgo de caer en una comprensión justificante cuando se apela a expresiones que, más allá de su extrema vaguedad, contienen un núcleo semántico normativo de signo positivo para el lenguaje político y constitucional (allí donde son efectivos). Ese riesgo se materializa, por ejemplo, cuando a partir de los motivos republicanos en la retórica oficial se derivan conclusiones que van más allá de la auto-descripción intencionada del propio régimen.
- 15 Por otro lado, aun aceptando que la noción de antigua constitución pudiera tomarse sólo en términos descriptivos, para dar cuenta de la persistencia de un orden tradicional,

cabría todavía preguntarse qué aspectos de esa tradición – que no era homogénea ni monolítica – explican mejor el contexto que se quiere analizar. Pensemos que, en la “constitución” (en el orden) tradicional de la monarquía católica, formado por acumulación de soluciones a lo largo de varios siglos, cabían muchos elementos no necesariamente coherentes; entre ellos, podían encontrarse tanto la figura del rey-juez como la del rey-padre; uno garante del equilibrio jurisdiccional, el otro protector del reino. Ambas figuras componían la majestad regia, aunque con diferentes fundamentos: mientras la primera basaba la legitimidad de sus actos en la imparcialidad y en la observancia de los procedimientos, la segunda lo hacía en el valor intrínseco de la acción amorosa del padre protector. Aquí procuraremos sostener que los fundamentos culturales que permitían a los caudillos sortear las limitaciones (antiguas o modernas) al ejercicio del poder, deben buscarse en las claves que proyectaban antiguamente sobre los soberanos, ahora los gobernadores, las potestades de los padres de familia.

Oeconómica y política

- 16 El reclamo de Clavero hacia una historiografía política que olvida los cimientos domésticos, *económicos* (en su sentido más puramente etimológico), del orden pre-contemporáneo, proviene de mucho tiempo atrás; de cuando sus esfuerzos se orientaban a destacar la alteridad constitutiva de la llamada “edad moderna”. Recordemos unas páginas que siguen siendo una valiosa guía para comprender las implicancias mutuas entre política y económica, entre república y familia, en las que Clavero, citando a Mozzarelli, nos decía: “un orden que ni siquiera conoce la separación entre lo público y privado, entre gobierno de la casa y gobierno de la ciudad, entre padre y príncipe., precisará de fracturas, ‘las novedades introducidas por la Revolución’, para que se entre en la modernidad, no de *familias*, sino de *individuos* y de *Estados*, como usual y ciertamente se entiende. Antes de la Revolución, tales *novedades* no se producirán”²⁴.
- 17 Esta referencia nos exime de detenernos ahora en los trabajos que han dado relevancia a aquella *oikonomía*, desde la señera Casa Grande de Otto Brunner hasta la reciente Casa Poblada de Zamora, pasando por los trabajos de Daniela Frigo sobre la literatura para padres de familia y sobre la disciplina familiar como modelo de administración en el antiguo régimen. Agreguemos sólo que la filosofía política también ha tematizado la distinción paradigmática entre la política, como juego de ciudadanos libres, y la *oeconómica*, como ámbito de gestión doméstico basado en un principio de estricta jerarquía y orientado a la satisfacción de las necesidades comunes²⁵. Recientemente, Giorgio Agamben ha señalado el descuido que se observa, por parte de la filosofía, la historia y la teología política, con respecto a la *oikonomía*, una noción que considera crucial para repensar la historia de las ideas de las prácticas políticas de Occidente²⁶.
- 18 En el plano de la historia constitucional, sabemos que la tensión entre política y económica tuvo, para buena parte de la historiografía, un lugar esencial en la conformación doctrinal del llamado constitucionalismo moderno. Éste habría surgido como respuesta a los discursos que se orientaron, durante la gran crisis de la modernidad europea, a exaltar los poderes del monarca a partir de su consideración como padre del reino. La respuesta de Locke al *Patriarcha* (1680) de Filmer, condensa los avatares de este momento fundacional²⁷. Es, precisamente, esa virtualidad de la metáfora paternal – la de habilitar la expansión del poder público –, la que aquí nos interesa especialmente.

- 19 En la tradición jurídica castellana, la metáfora de la república como casa grande, con la potencial superposición de las esferas doméstica y política, constituía un lugar común en los tratados relativos al gobierno de las repúblicas. *Económica y política* se equiparan, decía Castillo de Bobadilla (1597) “pues el justo gobierno de la casa es el verdadero modelo del gobierno de la república”²⁸. Más allá de las influencias que en su formulación acusara esta expresión, el término república se enmarca aquí en la tradición aristotélico-tomista que identificaba a las comunidades humanas como cuerpos políticos, como *universitas*, en el concierto de la monarquía. Se diferenciaba así, singularmente, de la “república humanista – las ciudades italianas que vio Pocock, revestidas por los valores de libertad y civismo...”²⁹.
- 20 En cuanto a la proyección de la metáfora paternal sobre el poder del monarca, Angela de Benedictis nos recuerda que en la tratadística hispana del siglo XVII se menciona, entre los atributos del rey, un poder inspirado en el gobierno de la casa, designado como *potestas económica et política*. Esta potestad servía para justificar decisiones de naturaleza “ejecutiva” que, con fuerza coactiva, podían disponer sobre derechos de los súbditos sin ningún procedimiento judicial, bajo el argumento de que no se orientaban a declarar el derecho sino a prevenir riesgos y contingencias. Actuando por amor y protección, el poder de un padre no reconocía límites, de ahí la potencia de la analogía y la calificación (*económica*) asignada a esta potestad³⁰.
- 21 Los monarcas españoles utilizaron la potestad económica con notable intensidad en el siglo XVIII. Estimulada por los Borbones, esta concepción paternal situaba los fundamentos del poder monárquico en la conciencia y en el amor de los reyes antes que en “relaciones políticas”³¹. Un tratado de legislación de finales del XVIII (1791-1797) refería, a propósito de la expresión “patria potestad”:

“En los pueblos civilizados la Nación toda es una familia; el Monarca es el padre, los vasallos sus hijos; en él se reúne todo el poder como en un punto concéntrico[...] El derecho de los padres, reuniéndose en una sola persona depositaria de la ley es más fuerte, más firme, más imparcial”³².
- 22 La potestad económica habilitaba medidas extremas, como la expulsión de los jesuitas en 1767, aunque también se apelaba a ella en la gestión cotidiana de determinados asuntos, o en actos orientados a asegurar la armonía en el reino³³. Todavía a finales del antiguo régimen los juristas predicaban la calidad de padre de familia del rey “con respecto a la universalidad del estado”, reconociéndole una “potestad dominica y económica, para tener a su familia con la debida armonía...”³⁴.
- 23 La imagen paternal de la autoridad no era sólo, ni principalmente, materia de tratados jurídicos. Movilizada por la religión, se difundía a través de sermones, catecismos, oraciones fúnebres³⁵, etc.; informaba el rol de las autoridades locales en la vastedad del imperio³⁶, al tiempo que permanecía sólida como fundamento natural del orden social³⁷. No ha de extrañar entonces que la figura del rey padre resulte imprescindible para comprender el lenguaje de la “emancipación” (como liberación de la patria potestad) desarrollado en el orbe hispano a partir de la “orfandad” causada por las abdicaciones de 1808³⁸.
- 24 ¿Resulta plausible pensar que esta forma de potenciar el poder público, mediante la adjudicación de atributos paternos, se disolviera de la cultura, sin dejar rastros, a raíz de las revoluciones y los procesos de “emancipación”? Clavero nos ha mostrado cómo esa potestad doméstica fue reapropiada en tiempo constitucional para excluir de la política y mantener subordinados a diversos segmentos de población, especialmente a los pueblos

originarios en el caso americano³⁹. También se ha visto en ella el fundamento de dispositivos propiamente modernos, como el poder de policía y la administración pública, la ciencia económica o la preeminencia del gobierno sobre la representación del soberano en los estados actuales. Caminos que responderían, en último término, a lo que Agamben llama el paradigma *gestional* del poder, en cuya arqueología se sitúa la antigua noción griega de la *oikonomía* reelaborada por la teología católica⁴⁰.

25 Entre las posibles proyecciones heurísticas de la vieja *oeconomía*, nos parece relevante evocar el trabajo de Markus Dubber, quien para explicar el origen del expansivo poder de policía estadual norteamericano, parte de la dicotomía entre *oikonomía* y política, luego resignificada como “*police and law*”. Dubber define así un modelo de gobernanza doméstica (*household governance*) que estaría en la base cultural del poder de policía estadual y que vendría a ser considerado esencial para los estados de la federación⁴¹. La reconstrucción que ofrece Dubber de ese modelo, apelando a la tradición inglesa, nos parece indicativa para pensar nuestro contexto. Los rasgos característicos de la gobernanza doméstica, según Dubber, serían los siguientes⁴²:

- a. Está fundado en un principio de jerarquía: la distinción esencial entre el cabeza de familia (*the householder*) y los miembros de la casa (*the household*), entre el padre y la familia, entre gobernador y gobernados⁴³.
- b. Dentro de esa estructura jerárquica, los miembros subordinados pueden resultar igualados en virtud de su posición común de subordinación⁴⁴.
- c. Aquella jerarquía esencial no es incompatible con un agregado de casas y padres de familia (*micro householders*) subordinados al supremo cabeza de familia (*macro householder*). Son posibles diversos niveles de gobernanza doméstica hasta quedar todos incluidos en la *super household* o *über-family* regida por el soberano⁴⁵.
- d. La conexión esencial entre el gobierno doméstico y la autopreservación de la casa significa que este poder no puede ser eliminado sin dismantelar la institución para cuyo gobierno es requerido⁴⁶.
- e. El poder del cabeza de familia es esencialmente arbitrario, no susceptible de definición previa. El fin de preservar a la comunidad de las amenazas internas y externas justifica los medios. El éxito de la gobernanza doméstica se mide en términos de eficiencia, no de justicia

⁴⁷.

26 ¿En qué medida este modelo puede ser válido para comprender el régimen de los caudillos rioplatenses? Si aceptamos la prolongada persistencia, mucho tiempo después de la revolución, de la vieja tradición jurídica y de sus fundamentos religiosos; si las elites locales lucharon por mantener su poder territorial sobre la base de la retroversión de la antigua soberanía del rey, ¿por qué habrían olvidado los atributos paternales vinculados tan intensamente al soberano hasta finales del período colonial?

27 Ciertamente, para entonces, el desarrollo ilustrado de la “economía política” había desligado el término “economía” de su originaria significación⁴⁸. En la densa trama desde la que se fue construyendo un nuevo discurso de legitimación no había lugar teórico para una “potestad económica”, según la antigua fórmula que servía para proyectar un tipo de autoridad paternal o doméstica sobre el soberano o sobre cualquier corporación con respecto a los asuntos que les eran propios (i.e. el “gobierno económico” de los pueblos)⁴⁹. Aun así, creemos que es posible rastrear la persistencia de aquella concepción del poder a través de un significante marginal que aparece, no obstante, con cierta recurrencia en las fuentes del período: el gobierno paternal.

El gobierno paternal

- 28 Con esta expresión no estamos queriendo hacer referencia al tópico del personalismo, al consabido peso de las redes parentales, o a la “economía política del clientelismo”⁵⁰. Tampoco buscamos reflotar la clásica invectiva de Sarmiento que atribuía a la “estancia” el modelo de gobierno de Rosas⁵¹. Procuramos recobrar un significante de época que puede fungir como indicador o signatura de una forma de comprensión del poder que habría quedado soterrada bajo la retórica republicana y que sería consistente con un conjunto de valores y creencias que sostenían el régimen político⁵². Numerosos testimonios muestran que, tras décadas de revolución y guerras de independencia, se mantuvo la antigua forma colonial de dirigirse a los gobernadores y otras autoridades como “padres” y “protectores”⁵³. ¿Qué expresaban estas formas de dirigirse a la autoridad?
- 29 En 1939, Zorraquín Becú, llamó la atención sobre el uso que los partidarios del federalismo hacían de aquellos apelativos paternales. Desde su punto de vista, los federales (partido que terminó identificado con el poder de los caudillos) rechazaban el fundamento individualista del programa liberal; en consecuencia, consideraban que los derechos y la igualdad eran atributos de las comunidades humanas, no de los individuos. La soberanía popular no era un producto del individualismo, sino un atributo de los pueblos. El vocabulario podía ser idéntico, decía Zorraquín, pero se alteraba fundamentalmente su significado. Apoyados en la tradición colonial, los federales sustentaron la idea de poderes ejecutivos fuertes que debían procurar el bien común “como un padre de familia el de los suyos” y desarrollaron así “la novísima teoría de los gobiernos paternales, que fue aplicada durante muchos años en nuestro país”⁵⁴. Hoy podemos objetar la simplificación expresada a la hora de oponer liberales y federales con perfiles tan claramente delineados para ese contexto; incluso podríamos señalar que la oposición al individualismo no sería patrimonio exclusivo de los federales. Pero hay un acierto en advertir la conexión entre la forma paternal de gobierno y la concepción comunitaria que tiñe el lenguaje de los valores, derechos, igualdad y soberanía en dicho contexto. Lo llamativo, sin embargo, es que Zorraquín calificara como *novísima* a esta concepción, sin explayarse sobre su raíz tradicional.
- 30 A nuestro juicio, más que un producto novedoso del partido federal, aquella concepción provenía de la tradición común de la *oeconomía* católica, de allí que se la pueda observar, en un *continuum* desde la época colonial, ya en los primeros momentos postrevolucionarios. Algunos estudios han mostrado que la imagen paternal del poder siguió activa mucho tiempo después de 1810 y que los gobiernos revolucionarios la reforzaron incluso como modo de legitimación⁵⁵. El uso de apelativos paternales dirigidos a la autoridad pública es evidente en cualquier tipo de fuente de la época, aunque quizás alcanzó su máxima expresión en el período de los caudillos. Desde Artigas, llamado “protector de los pueblos libres”, hasta Rosas, “restaurador de las leyes, padre del pueblo de Buenos Aires”, este tipo de designaciones era común también entre los gobernadores provinciales. El caso de Rosas es quizás el más característico; se lo solía llamar “gobernador y padre de la patria”, “salvador de la patria y genio protector de su existencia”, “padre y amigo de las naciones indias”; “Gefe tan benigno y tan amoroso, Padre de los pobres”⁵⁶.

- 31 Al igual que ocurría durante la Monarquía, la imagen paternal servía para calificar otras autoridades en la cadena de jurisdicción. Un reglamento de justicia rural sancionado en 1823 por el gobernador federal de Córdoba, dejaba entrever el fundamento religioso de esta concepción doméstica de la autoridad. Una norma referida al respeto debido a los jueces, venía precedida por la siguiente afirmación: “Es un precepto sagrado que nos ha impuesto la misma religión tributar a los jueces los homenajes de la obediencia, y del respeto. En el cuarto mandamiento de la Ley de Dios se entienden también por padres a más de los naturales, los que se hallan constituidos en autoridad... El castigo de los delitos, el exterminio de los vicios, el premio del mérito, el germen de la virtud; la administración de justicia, la tranquilidad pública y en fin el bien general del estado, todo dependen de la observancia de esta sagrada ley”⁵⁷.
- 32 Más que un modo de hablar, y más allá de la cuestión relativa al liderazgo personalista y carismático, estas expresiones transmiten, como dijimos, una comprensión de la autoridad que informaba el desempeño de las instituciones. Una década antes de llegar a ser gobernador de Buenos Aires, Rosas se dirigía al Director Supremo de las Provincias Unidas, con motivo de las tensiones suscitadas por el establecimiento del primer saladero en Buenos Aires, expresando su deseo de que el gobierno tuviera un “comportamiento paternal”, tuitivo de los pobres. Como han señalado Gelman y Fradkin, Rosas combinaba en su discurso nociones “liberales e ilustradas”, con evocaciones clásicas y con “referencias patriarcales al buen gobierno típicas de la tradición política colonial que le permitía definir al director supremo como un ‘Padre Universal’ preocupado por la ‘turbación de las clases infelices’”⁵⁸.
- 33 Una combinación similar de lenguajes se aprecia en la proclama que, pocos años después, en 1820, pronunciaron los líderes federales Francisco Ramírez y Estanislao López, dirigiéndose a la vencida provincia de Buenos Aires. Allí anunciaban que se retiraban a sus provincias con la esperanza de que “reunidos los pueblos bajo la dirección de un *gobierno paternal* establecido por la voluntad general, podamos asegurar que hemos concluido la difícil obra de nuestra regeneración política”⁵⁹. En 1826, en el seno del Congreso General que dictaría la fallida constitución unitaria, Manuel Dorrego, alegando a favor del sistema federal, pintó un panorama de las condiciones de las provincias. Señaló, por ejemplo, que pese a sus riquezas naturales, a Santiago del Estero le faltaba “un gobierno paternal que tome el mayor interés en hacer su felicidad”. Más adelante, hablando de la potencialidad minera de La Rioja, dijo que esta provincia necesitaba “un gobierno paternal” que cuanto antes hiciera “salir de las entrañas de la tierra esa riqueza”⁶⁰.
- 34 Ya como gobernador de Buenos Aires, Rosas expresó en diversas ocasiones su idea de ejercer una “autoridad paternal” o que los días de su gobierno fueran “paternales”⁶¹. En sintonía con dicha expectativa, no sería raro que las bondades de su “paternal gobierno” fueran destacadas en sermones, como lo informaba un juez de paz a Rosas en 1837⁶². El líder de la Santa Confederación no abandonaría aquellas ideas después de haber sido derrotado (1852) y exiliado. Durante sus últimos años en Inglaterra, expresó en una entrevista, en 1873, que para él “el ideal de gobierno feliz sería el autócrata paternal, inteligente, desinteresado e infatigable y resuelto a hacer la felicidad de su pueblo, sin favoritos ni favoritas”. Eso era, según su evocación, lo que había intentado hacer durante sus años de gobierno: “Busqué realizar yo solo el ideal del gobierno paternal, en la época de transición en que me tocó gobernar”⁶³.

- 35 Aquellos apelativos eran expresión de una comprensión de la autoridad que no traía causa en la popularidad o carisma del caudillo. Más allá de quién ocupara el lugar del padre, la noción de gobierno paternal proporcionaba argumentos para definir expectativas sobre el comportamiento institucional; es decir, cumplía una función normativa. El contexto confederativo hacía que aquella imagen de la autoridad se replicara en cada gobernador provincial. En tanto que estos actuaban generalmente como tribunal supremo en sus territorios, los archivos judiciales nos ofrecen otra fuente donde rastrear las huellas de esa impronta doméstica del poder.
- 36 Aunque no siempre con éxito, la imagen de los “magistrados como padres de sus pueblos” podía ser todavía invocada para pedir un trato misericordioso, siguiendo el texto de la ley 2, tít. 10, Partida 2, que discurría sobre el amor del rey hacia sus súbditos, como se observa en la causa por el asesinato de Quiroga (1835)⁶⁴. La noción de gobierno paternal operaba así en el lenguaje forense, revalidando la legitimación del gobernador juez y padre. En 1846, con dictamen del asesor letrado, el gobernador de Córdoba anuló una sentencia de primera instancia a raíz de un proceso por robo, condenando en costas al supuesto falso acusador. Éste quedaba exento de la pena capital, según el dictamen, sólo “por la piedad cristiana de un gobierno paternal”⁶⁵.
- 37 No es extraño, además, que un gobierno paternal tratara a sus súbditos como hijos, como lo pone de manifiesto una sentencia de 1834, en la que otro gobernador cordobés, “usando de los sentimientos de filantrópica humanidad que le caracterizan” y por “efecto de los buenos sentimientos que tiene en favor de los hijos de Córdoba”, aceptó liberar a un acusado, sindicado por quebrantar el destierro impuesto en una causa anterior⁶⁶. En este caso encontramos también una huella del viejo sentido, casi abandonado por completo para entonces, del adjetivo “económica”. El fiscal recordó, en su vista, que el reo había sido desterrado “por providencia económica”⁶⁷. Sin mayores referencias, debemos interpretar esta expresión en el sentido de una medida adoptada por decisión ejecutiva de carácter preventivo, al modo en que se ejercía la antigua potestad económica del rey⁶⁸.
- 38 Otro indicador de las implicancias normativas de la noción de gobierno paternal lo ofrece la continuidad de las antiguas formas de responder a lo que hoy llamamos “delitos políticos”. El lenguaje de la “lesa majestad”, reciclado como “lesa patria”, sobre la base legal de los mismos textos castellanos (en especial, las Partidas), seguía informando la respuesta institucional a la violencia política, como se advierte en los casos por rebelión, motines o traición. En las acusaciones se observa cómo el gobernador provincial ocupaba ahora el lugar que aquellos textos reservaban para la majestad. En una causa tramitada en Córdoba, en 1845, por ejemplo, el fiscal definía el delito de “lesa majestad o lesa patria” como cualquier atentando o tumulto “dirigido contra el primer jefe de un territorio independiente”⁶⁹.
- 39 Por otra parte, siguiendo también la tradición del crimen de *laesa maiestatis*, no resulta extraño que, en las actuaciones judiciales, el delito de lesa patria apareciera equiparado al “parricidio”⁷⁰. Este lenguaje forense era congruente con la identificación de los adversarios políticos como parricidas, como se observa en la propaganda rosista. De hecho, la llegada al poder de Rosas pudo interpretarse como un remedio para enfrentar a “los parricidas de diciembre”, en alusión a la revolución unitaria que, en dicho mes de 1828, había ejecutado al entonces gobernador federal de Buenos Aires, Manuel Dorrego. Con motivo de aquel hecho, el periódico *El Clasificador*, en diversos números de 1830, se refiere a los unitarios como “parricidas y anarquistas”, “feroces parricidas”, “hijos espurios” y “desnaturalizados” de la Patria, “conjurados, parricidas, sediciosos”,

evocando la ejecución de Dorrego como “el parricidio de Diciembre”. Sobre este “parricidio” se fundaba buena parte de la argumentación en favor de la concesión de poderes extraordinarios a Rosas⁷¹. No sería exagerado pensar que el poder paternal de Rosas se recortaba así, en su origen, como reflejo de su propio negativo, el “parricidio” de Dorrego.

Religión, orden y familia en la Santa Confederación

- 40 Como en casi todas las experiencias políticas surgidas del antiguo orbe hispano, también en el Río de la Plata la religión católica se convirtió en objeto de especial protección dentro de las nuevas leyes y constituciones (tanto en las de carácter general, que fracasaron, como en las provinciales sancionadas a partir de 1819). Esto no es patrimonio del rosismo ni de los caudillos. Sin embargo, en la medida en que la confederación rosista se fue afirmando contra un enemigo político tildado de “impío” (al que se le endilgaba haber intentado reformas que violentaban las costumbres del país), la causa de la religión cobró una direccionalidad diferente⁷². Si en el primer momento revolucionario se había convocado a defender la religión católica del invasor francés, ahora, veinte años después, debía ser protegida de los impíos unitarios.
- 41 En alguna medida, la religión era el orden que había permanecido más allá de los avatares políticos acaecidos desde la revolución. Como le había dicho Rosas a Quiroga, en una célebre carta de 1831, “antes de ser federales éramos cristianos”⁷³. Una nota publicada en la prensa oficialista en 1844, destacando los males que Rosas había evitado, afirmaba, con interrogación retórica: “¿No pretendían los salvajes unitarios empezar la organización del país por la destrucción de la Religión del Estado, el único prestigio de orden que había prevalecido en el torbellino de la anarquía?”⁷⁴. Según este tipo de opinión, los unitarios, más feroces que los “demagogos europeos”, habían “pretendido destruir cuanto existe, aun la Religión Católica Apostólica Romana, última áncora de las esperanzas del orden”⁷⁵. Para la propaganda oficial, Rosas había restablecido “la dignidad del culto debido a la religión santa del Estado, que habían profanado los impíos salvajes unitarios”⁷⁶. No parece que estemos ante un republicanismo “enteramente secular”, como ha sugerido Myers⁷⁷.
- 42 Décadas atrás, cuando Rosas acababa de reasumir el gobierno con la suma del poder público, se dirigió a los habitantes de Buenos Aires convocándolos, bajo los auspicios de la “divina providencia”, a perseguir de muerte “al impío, al sacrílego, al ladrón, al homicida y sobre todo al pérfido traidor..”, exclamando, al final: “La causa que vamos a sostener es la causa de la religión, de la justicia, de la humanidad y del orden público: es causa recomendada por el Todopoderoso...”⁷⁸. Las apelaciones a la providencia son constantes en el discurso de la época. En 1836, Rosas describió la revolución de mayo de 1810 como un acto de lealtad y fidelidad a la nación española y al Monarca depuesto que, sin embargo, fue malignamente entendido como una “rebelión disfrazada”. Ante la ingratitud de los españoles, afirmaba Rosas, “nos pusimos en manos de la Divina Providencia” para tomar “el único partido que nos quedaba para salvarnos: nos declaramos libres e independientes...”⁷⁹.
- 43 Más allá del plano retórico, la defensa del catolicismo tenía consecuencias normativas importantes, como la intolerancia de cultos, las restricciones a la libertad de prensa y la criminalización de conductas reñidas con sus dogmas. Todo podía resumirse en una norma fundacional de la segunda etapa del rosismo. La ley que nombró por segunda vez a Rosas como gobernador de Buenos Aires, dispuso “depositar” la suma del poder público en

su persona, “sin más restricciones que las siguientes”: primero, “deberá proteger la Religión Católica, Apostólica, Romana...”; segundo, sostener la “causa nacional de la Federación” y tercero, ejercer el poder extraordinario por todo el tiempo que considerara necesario⁸⁰. Que Rosas se hubiera servido de la religión con fines de disciplinamiento social y político, como lo destaca la historiografía, no implica negar que, inversamente, un orden así constituido se orientara hacia la preservación de las viejas repúblicas católicas. La religión católica era así, a nuestro juicio, un instrumento de doble filo que excedía las posibilidades de manipulación por parte del gobierno secular.

44 Lo que interesa destacar aquí es que, a pesar de las tensiones con el clero, secular o regular, y de su eventual uso instrumental, la religión católica (no la iglesia) era parte determinante de un orden que, como sabemos, imaginaba a la sociedad, incluso a la divinidad (la *oikonomía* trinitaria), en términos de familia, con la consecuente naturalización de las jerarquías internas y de su unidad esencial. Es un imaginario que, como se ha dicho, tendía a difuminar la separación entre orden doméstico y orden político⁸¹. De allí que, por ejemplo, se pudiera sostener que el sacerdote católico era “depositario de la conciencia y de las costumbres públicas”, como lo afirmaba un panfleto, en 1849, defendiendo la pena de muerte a un sacerdote y a una joven por una relación sacrílega. La famosa ejecución -reprochada por los opositores desde el exilio-, aparecía aquí justificada por el hecho de que en “los países católicos, el sacerdocio tiene entre sus manos la dirección, y, en consecuencia, la dicha y el reposo de las familias...”⁸². Como se ha observado, en el discurso de las misiones rurales desplegadas durante el rosismo, la “concordia en el seno de las familias era a la vez base y figura de la armonía social”⁸³.

45 No parece necesario insistir en que la sociedad rioplatense seguía siendo aquella unión de familias referida por Beccaria en nuestra introducción. Un dispositivo surgido a finales de la época colonial, la papeleta de conchabo, sirvió en muchas provincias hasta finales del siglo XIX como instrumento para institucionalizar aquella subordinación doméstica⁸⁴. En un contexto así, la igualdad de la ley sólo podía entenderse de forma extremadamente matizada. Un portavoz del rosismo destacaba en la Sala de Representantes, en 1850, cómo el genio de Rosas había reestablecido “el orden que conservaba en este país el gobierno español”, al tiempo que había realizado por primera vez la República, pues no se reconocían excepciones en la

“observancia de la ley, igual para todos... sin perjuicio por supuesto de aquellas consideraciones que son necesarias para el orden social, para sostener la debida subordinación del inferior al superior en la sociedad, del peón al patrón, del dependiente a su principal, sin perjuicio de aquellas otras atenciones personales que es injurioso rehusar a uno, mientras para otro son embarazosas e incómodas; sin perjuicio de todo esto, en lo que es relativo a derechos, todos somos iguales”⁸⁵.

46 Como hemos visto al comienzo, la concepción paternal del poder está ligada al imaginario familiar de la comunidad política. A su vez, la fuerza coactiva del poder paternal se justificaba en función de las contingencias y necesidades comunes. Como lo sostuvo Hanna Arendt, el rasgo distintivo del ámbito doméstico, en la tradición griega, era que los hombres vivían juntos en dicha esfera en virtud sus necesidades y exigencias. El uso de la fuerza y la violencia se justificaban allí, como paso pre-político, para dominar las necesidades⁸⁶. No muy diferente era el argumento que la tradición jurídica de la Monarquía Católica ofrecía para justificar que el rey, en determinadas circunstancias, pudiera ejercer actos coactivos sin someterse a las formalidades ordinarias del derecho. El discurso político dominante en las provincias rioplatenses durante el período de la

Confederación está cargado de referencias a un contexto de amenazas y contingencias que deben superarse para alcanzar un anhelado horizonte de unión. No tenemos lugar ahora para detenernos en esto, pero era tópico recurrente entre los apologetas, apelar a las circunstancias extraordinarias para justificar los dilatados poderes de los gobernadores, la anulación del disenso político, las acciones represivas informales, etc. El propio Rosas había expresado al asumir su segundo mandato que los remedios para los males que debía enfrentar no podían estar “sujetos a formas”. Esos remedios debían ser tan pronto y eficientes como las circunstancias lo permitieran⁸⁷. Este tipo de razonamiento consecuencialista, propio de la gobernanza doméstica⁸⁸, se repite una y otra vez en las fuentes del período.

- 47 La noción de familia acudía también para hermanar a los caudillos del interior. “Pertenece a una familia, cual es la República de la Confederación Argentina” decía la acusación en la causa contra los asesinos de Quiroga⁸⁹. La referencia a la “familia de la Confederación Argentina” transmitía una poderosa imagen de unidad que, en este caso, venía a justificar, implícitamente, el desconocimiento de la inmunidad jurisdiccional de las provincias para que se pudiera juzgar en Buenos Aires un crimen ocurrido en Córdoba y que había sacudido a toda la Confederación. La imagen de la familia permitía armonizar diversos contrastes: imponía la unidad sobre la diversidad de los territorios confederados; conservaba las jerarquías naturales internas dentro de un pretendido discurso republicano de igualdad y favorecía el unanimismo dominante que desdibujaba el sentido político de la práctica electoral. Las amenazas comunes favorecían la familiarización del espacio político. Salvatore lo ha constatado: “La Federación se pensó como una gran familia de hermanos unidos en guerra santa contra sus enemigos, los unitarios”⁹⁰.

Reflexiones finales

- 48 Si bien la historiografía que llamó la atención sobre el discurso republicano durante la época de la llamada Confederación rosista logró revertir la imagen simplista del régimen de los caudillos, nos parece que resulta insuficiente para explicar una serie de rasgos definitorios de las prácticas de gobierno características de la época. Quizás, en el afán de distanciar la retórica rosista del viejo fundamento católico y colonial del orden, esa historiografía desatiende una serie de indicadores que expresan una sólida persistencia cultural en la comprensión del poder. Al poner la mirada sobre los motivos centrales de un discurso cargado de intencionalidad, pierde de vista el valor de los signos marginales, no intencionales, que revelan otros determinantes culturales de las prácticas, más afines a la tradición católica hispana.
- 49 La noción de “antigua constitución” también presenta sus problemas. Quienes mejor han estudiado el constitucionalismo hispano han mostrado lo difícil que resulta dar contenido a esa expresión más allá de su función retórica⁹¹. Aun asumiendo que su uso se hizo más frecuente hacia finales del siglo XVIII, no parece que lo fuera para exaltar las potestades del rey, sino para limitarlas, como lo denotan las evocaciones historicistas en el discurso preliminar de la Constitución de Cádiz. Como dijimos, aquella exaltación se valía más bien de la imagen del rey-padre y encontraba su fundamento en el papel tuitivo de la autoridad frente a las amenazas internas o externas.
- 50 Si las necesidades comunes estaban en el origen del poder doméstico, las situaciones extraordinarias favorecían el uso del poder paternal en tanto que habilitaban excepciones

al orden del derecho, para responder *gubernativamente*, como el timonel (*gubernator*) en la tormenta, en función de las circunstancias. Como lo señala Agamben, “el paradigma del gobierno y del estado de excepción coinciden en la idea de una *oikonomía*, de una praxis gestional que gobierna el curso de las cosas, adaptándose cada vez, en su intento salvífico, a la naturaleza de la situación concreta con la que debe medirse”⁹².

- 51 El período de la Confederación Argentina fue un momento percibido como transitorio, como una época en la que se debían superar una serie de amenazas internas y externas para alcanzar el horizonte de la “unión nacional”. Sus convulsionadas décadas estaban lejos ya del viejo lenguaje. Ya no se hablaba de potestad económica. Sin embargo, todos los ingredientes culturales que tradicionalmente habían habilitado a las autoridades políticas para actuar como padres de familia, desligados de las formas legales para salvaguardar con eficiencia la casa, seguían vigentes.
- 52 Como un reflejo en apariencia inocuo, como un eco lejano de un lenguaje perdido, la noción de gobierno paternal, recurrente en proclamas y actuaciones judiciales, ofrece un testimonio de la persistente estrategia de investir al poder público con los atributos de la autoridad doméstica. Sin negar el valor de los ensayos constitucionales ni el de la irrupción de un nuevo lenguaje que contribuyó a sostener una nueva legitimación, nos parece que, antes que la retórica republicana clásica, o que las apelaciones a una improbable antigua constitución, la latente concepción de “gobernanza doméstica” brinda un cuadro explicativo más adecuado para comprender el régimen de los caudillos y sus poderes extraordinarios, en un escenario de incertidumbres y tensiones políticas permanentes. Desde este punto de vista, los caudillos preservaron eficazmente sus casas. Tras la experiencia de la llamada Confederación rosista, el “sistema federal”, que blindaba la identidad histórica y territorial de las provincias (antiguos municipios – repúblicas – coloniales en su mayoría), sería definitivamente asumido como la única forma posible de organización nacional.

NOTAS

1. Clavero, Bartolomé, “Presentación”, en Zamora, Romina, *Casa poblada y buen gobierno. Oeconomía católica y servicio personal en San Miguel de Tucumán, siglo XVIII*, Buenos Aires, Prometeo, 2017, p. 17-21, p. 17.
2. Clavero, “Presentación”, *cit.*, p. 17.
3. Beccaria, Cesare, *De los delitos y las penas* [1764], Barcelona, Altaya, 1994, p. 69.
4. Seguimos aquí parte de lo desarrollado en: Agüero, Alejandro, “Ancient Constitution or Paternal Government. Extraordinary Powers as Legal Response to Political Violence (Río De La Plata, 1810-1860)”, Disponible en Max Planck Institute for European Legal History Research Paper Series No. 2016-10. SSRN: <https://ssrn.com/abstract=2841769>.
5. Sobre esta expresión, Lorente, Marta y Portillo, José M. (dirs.), *El momento gaditano. La constitución en el orbe hispánico (1808-1826)*, Madrid, Congreso de los Diputados, 2011; Portillo, José M., *Historia Mínima del Constitucionalismo en América Latina*, México, El Colegio de México, 2016.
6. Para el contexto político, Goldman, Noemí (dir.), *Revolución, República, Confederación. Nueva Historia Argentina*, vol. III, 2 ed., Buenos Aires, Sudamericana, 2005. Para los aspectos jurídicos,

Agüero, Alejandro, "Law and criminal justice in the Spanish colonial order: the problematic enforcement of the legality principle in the early criminal law in Argentina", en Georges Martyn, Anthony Musson, Heikki Pihlajamäki (eds.) *From the Judge's Arbitrium to the Legality Principle. Legislation as a Source of Law in Criminal Trials*, Berlin, Duncker & Humblot, p. 229-252.

7. Véase como ejemplo, Hamill, Hugh (ed.), *Caudillos: Dictators of Spanish America*, Norman, University of Oklahoma Press, 1992; Lynch, John, *Juan Manuel de Rosas 1829-1852*, Buenos Aires, Emecé, 1984; Lynch, John, *Caudillos in Spanish America 1800 - 1850*, Oxford, Clarendon Press, 2002 (1a ed. 1992).

8. Cfr., Chiaramonte, José C., *Raíces históricas del federalismo latinoamericano*, Buenos Aires, Sudamericana, p.125. Buchbinder, Pablo, "Caudillos y caudillismo: una perspectiva historiográfica", en Goldman, Noemí y Salvatore, Ricardo, *Caudillismos Rioplatenses. Nuevas miradas a un viejo problema*, 2ed., Buenos Aires, Eudeba, 2005, p. 31-50; Svampa, Maristella, "La dialéctica entre lo nuevo y lo viejo: sobre los usos y nociones del caudillismo en la Argentina durante el siglo XIX", en Goldman y Salvatore, *Caudillismos...*, cit., p. 51-81.

9. Acerca del origen de la oposición sarmientina entre civilización y barbarie, véase de la Fuente, Ariel, *Los hijos de Facundo. Caudillos y montoneras en la provincia de la Rioja durante el proceso de formación del Estado nacional argentino (1853-1870)*, Buenos Aires, Prometeo, 2ª ed., 2014, p. 253-299.

10. Lynch, *Caudillos...*, cit., p. 35-36. Para un análisis crítico de esta historiografía, Ricardo Salvatore, *Wandering Paysanos. State order and subaltern experience in Buenos Aires during the Rosas era*, Durham-London, Duke University Press, 2003, p. 9-11; Goldman y Salvatore, *Caudillismos...*, cit., p. 8-25; Fradkin, Raúl O. y Gelman, Jorge, *Juan Manuel de Rosas. La construcción de un liderazgo político*, Buenos Aires, Edhasa, 2015, p. 11-25.

11. Tau Anzoátegui, Víctor, "Facultades extraordinarias y la suma del poder público en el Derecho Provincial Argentino (1820-1853)", en *Revista del Instituto de Historia del Derecho*, 12 (1961), p. 66-105.

12. Un balance crítico en Halperín Donghi, Tulio, *El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.

13. Goldman y Salvatore, *Caudillismos...*, cit., p. 8-25.

14. Myers, Jorge, "Las formas complejas del poder: la problemática del caudillismo a la luz del régimen rosista", en Goldman, y Salvatore, *Caudillismos...*, cit., p. 83-100; véase también Myers, Jorge, *Orden y virtud. El discurso republicano en el régimen rosista*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2ª ed. 2002.

15. Goldman, Noemí y Tedeschi, Sonia, "Los tejidos formales del poder. Caudillos en el interior y el litoral rioplatense durante la primera mitad del siglo XIX", en Goldman, y Salvatore, *Caudillismos rioplatenses*, p. 135-157, p. 155.

16. Salvatore, *Wandering paysanos...*, cit., p. 14.

17. Salvatore, *Wandering paysanos...*, cit., p. 194.

18. Salvatore, *Wandering paysanos...*, cit., p. 16, 161, 181-182.

19. Chiaramonte, José C., "La Antigua Constitución luego de las Independencias, 1808-1852", en *Desarrollo Económico*, 199, vol. 50 (2010), p. 331-361.

20. Myers, *Orden y Virtud...*, cit., p. 45. Aunque pueden asumirse como posiciones diferenciadas, tanto el enfoque basado en el republicanismo clásico como el que apela a la noción de "antigua constitución" encuentran un punto en común en la obra de Pocock, con dos títulos fundamentales: *La Ancient Constitution y el derecho feudal* [1957], Madrid, Tecnos, 2011 y *El Momento Maquiavélico: El Pensamiento Político Florentino y la Tradición Republicana Atlántica* [1975], Madrid, Tecnos, 2002.

21. Lorente y Portillo, *El momento...*, cit., p. 38 ss.; Portillo, *Historia mínima...*, cit., p. 17-18.

22. Ambos sintagmas parecen ser usados como equivalentes en Chiaramonte, *Raíces...*, cit., p. 10-11.

23. Para el sentido de la noción de antigua constitución, Pocock, *La Ancient Constitution...*, cit., p. 5-35. Sobre el matiz ideológico en la noción de republicanismo, véase Zarka, Yves Charles, (dir.), *Monarchie et républic au XVIIe siècle*, París, PUF, p. 8-11. Sobre el sentido asignado al republicanismo en la filosofía política, Gargarella, Roberto, “El republicanismo y la filosofía política contemporánea”, en *Teoría y filosofía política. La tradición clásica y las nuevas fronteras*, Buenos Aires, CLACSO, 2001, p. 23-43.
24. Clavero, Bartolomé, “Del estado presente a la familia pasada”, en *Quaderni Fiorentini*, 18 (1989), p. 583-605, p. 584.
25. Arendt, Hanna, *La condición humana* [1958], Buenos Aires, Paidós 1 ed., 5ta. reimpresión, 2009, p. 41-47. Subrayando la alteridad con el actual concepto de economía, Brunner se refirió a la antigua “Oeconomica” como “teoría del Oikos” que “abarca la totalidad de las relaciones y las actividades humanas en la casa, la relación de hombre y mujer, de padres e hijos, de señor de la casa y servidumbre (esclavos) y el cumplimiento de las tareas puestas en la economía doméstica y agraria”, Brunner, Otto, “La ‘casa grande’ y la ‘Oeconomica’ de la vieja Europa”, en *Prismas, Revista de historia intelectual*, 14 (2010), p. 117-136 (la primera versión castellana de este texto se publicó la compilación de trabajos titulada *Nuevos caminos de la historia social y constitucional*, Buenos Aires, 1976). La definición remite a la voz griega *oikonomía* que, en la tratadística moderna aparecía como “oeconomía” o “oeconómica”, o bien castellanizada como “económica”, como se verá más adelante.
26. Agamben, Giorgio, *El Reino y la Gloria. Una genealogía teológica de la economía y el gobierno*, 2ª ed. Buenos Aires, Adriana Hidalgo editora, 2017, p. 122.
27. Laslett, Peter, *John Locke. Two Treatises of Government. (A critical edition with an Introduction and Apparatus Criticus)*, Cambridge, Cambridge University Press, 2da ed.. 1988., 93-122; Matteucci, Nicola, *Organización del poder y libertad. Historia del constitucionalismo moderno*, Madrid, Trotta, 1988, p. 119-143. Se sigue viendo allí el origen del constitucionalismo moderno, aun con todas las limitaciones relativas a estatus, género, raza y otras condiciones humanas que, como lo ha mostrado Clavero, continuaron bajo el presupuesto regulativo de poderes domésticos hasta épocas recientes. Véase Clavero, Bartolomé, *El orden de los poderes. Historia constituyente de la trinidad constitucional*, Madrid, Trotta, 2007, p. 40-47 e interesa fundamentalmente también Clavero, Bartolomé, *Constitucionalismo colonial. Oeconomía de Europa, Constitución de Cádiz y más acá*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2016.
28. Castillo de Bobadilla, Jerónimo, *Política para Corregidores* [1597], Madrid, Joachin Ibarra, 1759, T. 1, p. 13. Sobre el papel estructurante de esta equiparación para toda una “disciplina del gobierno doméstico” en el orden de los siglos modernos, Clavero, Bartolomé, *Antídora. Antropología católica de la economía moderna*, Milano, Giuffrè, 1991, p. 157-170. Sobre la filiación bodiniana de la fórmula usada por Castillo de Bobadilla y su impronta en el desarrollo del concepto de policía, Jesús Vallejo, “Concepción de la policía”, en Marta Lorente (dir.), *La jurisdicción contencioso-administrativa en España. Una historia de sus orígenes* (Cuadernos de Derecho Judicial VII-2008), Madrid, Consejo General del Poder Judicial, 2009, p. 117-144, esp. p. 120-122.
29. Lempérière, Annick, *Entre Dios y el rey: la república. La ciudad de México de los siglos XVI a XIX*, Fondo de Cultura Económica, México, 2013, p. 75-76. A partir de esta noción escolástica se puede hablar de un “republicanismo católico”, en el que las fronteras entre lo doméstico y lo político se difuminan, como sugiere la expresión de Castillo de Bobadilla y como lo observa Arendt para la tradición medieval, *La condición...*, cit., p. 46. En cualquier caso, dicho republicanismo católico no guardaría relación con la tradición republicana utilizada como modelo por la historiografía que hemos citado anteriormente. Véase, por ejemplo, la distinción que ofrece Myers entre la virtud cristiana y la virtud republicana, en *Orden y Virtud...*, cit., p. 85.
30. De Benedictis, Angela, *Politica, governo e istituzioni nell’Europa moderna*, Bologna, Il Mulino, 2001, p. 335-337
31. Lorente y Portillo, *El momento...*, cit., p. 37.

32. Francisco Javier Pérez y López, citado en Lorente y Portillo, *El Momento...*, cit., p. 37.
33. Vallejo, Jesús, “El Príncipe ante el derecho en la cultura del *ius commune*”, en Marta Lorente y Jesús Vallejo, (coord.), *Manual de Historia del derecho*, Valencia, Tirant lo Blanch, p. 141-178, p. 167
34. Dou y de Bassols, Ramón, *Instituciones del Derecho público general de España con noticias del particular de Cataluña y de las principales reglas de gobierno en cualquier estado*, Madrid, Benito García, 1800, T. 1, p. 264, 287-288, 291
35. Llamosas, Esteban, “Vos das los imperios, vos los quitas”: el Deán Funes y su oración fúnebre a Carlos III (1789)”, *Revista de Historia del Derecho* [online], 39 (2010), disponible en <http://www.scielo.org.ar/>
36. Casagrande, Agustín, “Entre la oeconomía y la Justicia Real: Un estudio criminal-procesal sobre el control de la vagancia en Buenos Aires, durante el período 1785-1795”, en *Revista de historia del derecho*, 44 (2017) disponible en <http://www.scielo.org.ar/>
37. Zamora, Casa poblada..., cit., p. 107 ss. Zamora, Romina, “Amor, amistad y beneficio en la Biblioteca para padres de familia de Francisco Magallón y Magallón (Navarra, 1707-1778). Una defensa tardía de la vieja oeconomía”, en *Revista de Historia del Derecho* 46 (2013), disponible en: <http://www.scielo.org.ar/>
38. Portillo, *Historia mínima...*, cit., p. 50-54.
39. Véase ahora Clavero, *Constitucionalismo colonial...*, cit., especialmente el capítulo I, p. 17-81.
40. Agamben, *El Reino...*, cit., p. 122; 250-252; 484-489.
41. Dubber, Markus, *The Police Power. Patriarchy and the Foundations of the American Government*, New York, Columbia University Press, 2005.
42. Dubber, *The Police...*, cit., p. 36-46.
43. Más allá de su preeminencia como gobernadores, la generalidad de los caudillos rioplatenses provenían de las elites tradicionales, Cfr. Ayrolo, Valentina y Míguez, Eduardo, “Reconstruction of the Socio-Political Order after Independence in Latin America. A Reconsideration of Caudillos Politics in the River Plate”, en *Jahrbuch Für Geschichte Lateinamerikas*, 49 (2012), p. 107-131.
44. Esta es, a nuestro juicio, la clase de “igualdad ante la ley” que Salvatore ha observado en la justicia rosista, ver *Wandering paysanos...*, cit., p. 171.
45. A pesar de la estructura confederativa, la imagen de la familia servirá a Rosas para erigirse en autoridad suprema frente a los demás caudillos locales, también ellos padres de familia en sus territorios.
46. Los caudillos jugaron un rol fundamental en la preservación de la identidad local de sus territorios, consagrando la forma federal como única alternativa para la organización del país.
47. A este aspecto remiten las constantes evocaciones a la *salus populi*, y otros mecanismos de justificación, como veremos.
48. Sobre la dicotomía entre “el viejo concepto de economía que proviene de la casa y el reciente que parte del mercado”, así como sobre el profundo cambio de significado de la palabra economía, véase el trabajo seminal de Brunner, “La ‘casa grande’...”, cit., p. 119-120. Para nuestro contexto, interesa también Zamora, Romina, “Trayectos constitucionales: de la oeconomía católica a la economía política”, en *Travesía, Suplemento Electrónico*, n. 2: VIII Reunión del Comité Académico de Historia, Regiones y Fronteras – AUGM, 2017, p. 81-99
49. Sobre el concepto de “gobierno económico” como ámbito de “autotutela corporativa”, véase Clavero, Bartolomé, “Tutela administrativa o diálogos con Tocqueville (a propósito de *Une et indivisible* de Mannoni, *Sovrano tutore* de Mannori y un curso mío)” en *Quaderni Fiorentini per la storia del pensiero giuridico moderno*, núm. 24 [1995], Milano, Giuffrè, 1995, p. 419-465.
50. Cfr. Adelman, Jeremy, *Republic of Capital. Buenos Aires and the legal transformation of the Atlantic World*, Stanford, Stanford University Press, 1999, 109-140. La relación entre familia y política ha ocupado gran espacio en la historiografía sobre Latinoamérica. Para una revisión historiográfica de la importancia de la familia y el parentesco en la política latinoamericana, véase Paz, Gustavo,

“El gobierno de los “conspicuos”: familia y poder en Jujuy, 1853-1875”, en Sabato, Hilda y Lettieri, Alberto (comp.), *La vida política en la Argentina del siglo XIX. Armas, votos y voces*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, p. 223-242

51. Fradkin y Gelman, *Rosas...*, cit., p. 384. Aquella crítica de Sarmiento, luego tomada por la historiografía clásica, remite a la indiscriminación entre la hacienda y el estado, sobre la base de la oposición axial entre barbarie y civilización, campo y ciudad. De acuerdo a esto, gobernar el estado como la hacienda es una consecuencia del triunfo de la barbarie sobre la civilización, además de responder al contexto particular de la educación de Rosas. La metáfora de la hacienda en Sarmiento sirve para mostrar la ausencia de cultura política; en nuestro argumento, en cambio, la noción de un gobierno paternal es parte de una herencia cultural que trasciende a la persona de Rosas y que no parece fácilmente compatible con el republicanismo clásico ni con el uso normativo de la noción de antigua constitución.

52. Aunque la idea de poder paternal sobrevuela los estudios clásicos del caudillismo latinoamericano, escasamente se analiza su consistencia con una tradicional comprensión del poder. Más que una resignificación (que hubiera implicado una nueva tematización de la vieja potestad económica) creemos que la expresión “gobierno paternal” constituye un indicador de una concepción que, persistiendo como matriz de interpretación y valoración de actos institucionales, encuentra cada vez menos espacio en los esquemas teóricos de legitimación.

53. Sobre este uso en época colonial, Agüero, Alejandro, *Castigar y perdonar cuando conviene a la república. La justicia penal de Córdoba del Tucumán, Siglos XVII y XVIII*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, p. 89

54. Zorraquín Becú, Ricardo, *El federalismo argentino* (1939), 2da. Ed., Buenos Aires, La Facultad, 1953, p. 66

55. Desde diferente perspectivas, Cansanello, Oreste C., “Justicias y penas en Buenos Aires. De los bandos de buen gobierno a la Constitución Nacional”, en Gayol, Sandra y Kessler, Gabriel (comp.), *Violencias, delitos y justicias en la Argentina*, Buenos Aires, Manatí, 2002; Di Meglio, Gabriel, *¡Viva el bajo pueblo! La plebe urbana de Buenos Aires y la política entre la Revolución de mayo y el rosismo*, Buenos Aires, Prometeo, 2006; Casagrande, Agustín, *Vagos, Jueces y Policías. Una historia de la disciplina OEconómica en Buenos Aires (1785-1829)*, Tesis Doctoral defendida en la Universidad de La Plata, La Plata, 2012; Rebagliati, Lucas, *Pobreza, Caridad y Justicia en Buenos Aires: Los Defensores de pobres (1776-1821)*, Tesis Doctoral defendida en la Universidad de Buenos Aires, 2016.

56. De Titto, Ricardo (comp.), *El pensamiento de los Federales*, Buenos Aires, El Ateneo, 2009, p. 36, 41, 152; Fradkin y Gelman, *Rosas...*, cit., p. 39, 295, 332, 408.

57. Agüero, Alejandro, “La justicia penal en tiempos de transición. La República de Córdoba, 1785-1850”, en Carlos Garriga (coord.), *Historia y Constitución. Trayectos del constitucionalismo hispano*, México, CIDE, Instituto Mora, 2010, p. 267-305, p. 290

58. Fradkin y Gelman, *Rosas...*, cit., p. 55

59. De Titto, *El pensamiento...*, cit., p. 37

60. Ravignani, Emilio (ed.), *Asambleas Constituyentes Argentinas*, Tomo tercero, 1826-1827, Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad de Buenos Aires, 1937, p. 885-886.

61. De Titto, *El pensamiento...*, cit., p. 89-90

62. Di Stéfano, Roberto, “El laberinto religioso de Juan Manuel de Rosas”, en *Anuario de Estudios Americanos*, Nº 63-1 (2006), p. 19-50, p. 39

63. Citado en Zorraquín Becú, *El Federalismo...*, cit., p. 66

64. Imprenta del Estado, *Causa criminal seguida contra los autores y cómplices de los asesinatos perpetrados en Barranca-Yaco*, Buenos Aires, 1837, p. 357

65. Archivo Histórico de la Provincia de Córdoba (AHPC), Gobierno, legajo 206 B, f. 464.

66. AHPC, Crimen, 178, 7, 1834 s/f. Auto de 12 de noviembre de 1834.

67. AHPC, Crimen, 178, 7, 1834 s/f. Vista fiscal de 9 de agosto de 1834.

68. La noción, así comprendida, podía equipararse a la providencia gubernativa, o tuitiva. En el lenguaje de la época, fungía también como disposición de policía. Providenciar de modo económico y gubernativo significaba no proceder por vía contenciosa. La persistencia de estas fórmulas en el viejo orbe hispano se aprecia, por ejemplo, en Rodríguez de San Miguel, Juan, *Manual de providencias económico-políticas para uso de los habitantes del distrito federal*, México, Imprenta de Galván, 1834.

69. AHPC, Crimen, 208, 7, 1845, f. 26.

70. La analogía con el parricidio aparece en la vista del fiscal en una causa por rumores sediciosos, en AHPC, Crimen, 212, 8, 1846, f. 11. Sobre la matriz de esta analogía, así como sobre la implicancias que entraña la distinción esencial entre la antigua lesa majestad y el moderno delito político, remitimos por razones de espacio a Agüero, *Ancient Constitution...*, cit., p. 20-23

71. Las citas están tomadas de *El Clasificador*, N° 8, 11, 18, 20, 24 y 32 aparecidos entre julio y septiembre de 1830; fragmentos transcritos en la Antología de Myers, *Orden y Virtud...*, cit., p. 211-217

72. Sobre el giro hacia una mayor intransigencia católica en el segundo gobierno de Rosas, y las consecuentes tensiones con el clero secular y regular, véase Di Stéfano, Roberto, “El laberinto...”, cit. *passim*. Para las relaciones institucionales con la Iglesia durante este período, véase también Martínez, Ignacio, *Una Nación para la Iglesia argentina. Construcción del estado y jurisdicción eclesiástica en el siglo XIX*, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 2013, p. 182-338

73. En De Titto, *El pensamiento...*, cit., p. 123.

74. La Gaceta Mercantil, N° 609, 23/01/1844, en Myers, *Orden y virtud...*, cit., p. 229

75. Discurso del diputado Lorenzo Torres en la Sala de Representantes, en 05/02/1850, en Myers, *Orden y virtud...*, cit., p. 288.

76. Rasgos biográficos de la vida pública del Brig. Gral. Don Juan Manuel de Rosas, 1842, en Myers, *Orden y virtud...*, cit., p. 303.

77. Myers, *Orden y virtud...*, cit., p. 92.

78. De Titto, *El pensamiento...*, cit., p. 165-166.

79. De Titto, *El pensamiento...*, cit., p. 169. La centralidad de la noción de orden, las apelaciones a la providencia, y la exaltación del poder gubernativo, son piezas esenciales de la oikonomía católica, Agamben, *El Reino...*, cit., p. 164, 199.

80. Myers, *Orden y virtud...*, cit., p. 126.

81. Arendt, *La condición...*, cit., p. 46.

82. De Titto, *El pensamiento...*, cit., p. 209.

83. Di Stefano, “El laberinto...”, cit., p. 36.

84. Sobre el uso de ese dispositivo en Córdoba, Agüero, “La justicia penal”, p. 288. Para la persistencia de esta práctica hasta finales del XIX, Alejandro Agüero, “Tradición jurídica y derecho local en época constitucional. El Reglamento para la Administración de justicia y policía en la campaña de Córdoba, 1856”, en *Revista de Historia del Derecho*, 41 (2011), p. 1-43. Se ha señalado la connotación feudal de este sistema que permitía a los estancieros rioplatenses controlar a sus trabajadores, Baschet, Jérôme *La civilisation féodale. De l'an mil à la colonisation de l'Amérique*, Paris, Flammarion, 3a ed., 2006, p. 396.

85. Discurso de B. García en la Sala de Representantes, 02/02/1850, en De Titto, *El pensamiento...*, cit., p. 211. No se discute que el régimen de Rosas y, en general, la cultura de la época en las provincias asumía un orden de jerarquías naturales, Myers, *Orden y virtud...*, cit., p. 47, p. 82.

86. Arendt, *La condición...*, cit., p. 43-44.

87. De Titto, *El pensamiento...*, cit., 164.

88. En su sentido clásico, la oikonomía “designa una praxis y un saber no-epistémico que, en sí mismos, pueden parecer incluso no conformes al bien y que deben ser juzgados sólo en el contexto de las finalidades que persiguen”. Agamben, *El Reino...*, cit., p. 47. Véase también lo dicho anteriormente, en texto relacionado con la nota a pie n. 48

89. Imprenta del Estado, *Causa criminal...*, cit., p. 4; p. 166.
90. Salvatore, Ricardo, "Fiestas Federales: Representaciones de la República en el Buenos Aires rosista", en *Entrepasados. Revista de Historia*, Año VI, nº 11 (1996), p. 45-68, p. 60.
91. Lorente y Portillo, *El momento...*, cit., 24-28.
92. Agamben, *El Reino...*, cit., p. 97.
-

RESÚMENES

Este ensayo aborda las caracterizaciones historiográficas del régimen de los caudillos en el Río de la Plata durante el período de la llamada Santa Confederación (1830-1852). Consideramos que los enfoques basados en el "republicanismo" o en la noción de "antigua constitución" no proporcionan un marco adecuado para dar cuenta de las principales características de la praxis política de la época y que incluso pueden conducir a una comprensión justificante. Como alternativa, proponemos recobrar un significante de la época, el de "gobierno paternal", para esbozar una explicación sobre el trasfondo cultural que sostenía un modelo doméstico de poder. Sugerimos que el modelo de la "gobernanza doméstica", basado en la tradición católica de la *oeconomía*, ofrece una mejor herramienta heurística para comprender el régimen de los caudillos y sus poderes extraordinarios.

This essay is concerned with the historiographical characterizations of caudillos regimes in Rio de la Plata during the period of the so called Holy Confederation (1830-1852). We consider that the approaches based on "republicanism" or on the notion of "ancient constitution" do not provide an accurate framework to grasp main features of the political praxis of the time and that they also may lead to a justifying comprehension. As alternative, we propose to recover an epocal signifier, that of "paternal government", to develop an explanation about the cultural background that held up a domestic model of political power. We suggest that the model of the "householder governance", based on the catholic tradition of the *oeconomy*, offers a better heuristic tool to understand the regimen of caudillos and their extraordinary powers.

ÍNDICE

Keywords: caudillos, republicanism, householder governance, Río de la Plata, 19th century

Palabras claves: caudillos, republicanism, robernanza doméstica, Río de la Plata, siglo XIX

AUTOR

ALEJANDRO AGÜERO

Centro de Investigaciones Jurídicas y Sociales, UNC-CONICET
aaguero@derecho.unc.edu.ar